



Praxis Freudiana

Av. Corrientes 1309 8° "24"
(C1043ABA) Capital Federal, Argentina
Tel/Fax: +54 (11) 4371-2719
e-mail: info@praxisfreudiana.com.ar
web: http://www.praxisfreudiana.com.ar

Jacques Lacan y las enseñanzas de la clínica

Amelia Haydée Imbriano

"Lo que el psicoanálisis nos enseña, cómo enseñarlo?..."

Qué es ese algo que el análisis nos enseña que le es propio, o lo más propio, propio verdaderamente, verdaderamente lo más, lo más verdaderamente?"

El psicoanálisis y su enseñanza. Jacques Lacan

Lo que el Psicoanálisis nos enseña, cómo enseñarlo?.

Pregunta repetida, reiterada, renovada, que cada vez surge joven, con fuerza, otra vez nueva. Pregunta que nos anuda y nos relanza al trabajo "una y otra vez", no sin antes pasar "una y otra vez" por el instante de perplejidad: duda, incertidumbre, indeterminación nos atraviesan. Cómo atravesar esa hiancia entre, el psicoanálisis en tanto que un saber determinado por la estructura de la experiencia analítica, y en tanto que saber expuesto? Comienza así una actividad incesante que implica un desafío: ¿qué se puede enseñar del Psicoanálisis?.. Nos preguntamos por aquello que enseña el Psicoanálisis, si se desprende alguna enseñanza de él, o, si adviene alguna de su praxis, o sea, si de la experiencia psicoanalítica se precipita algún saber con consecuencias.

Al respecto nuestra brújula nos señala un punto cardinal: la obra de Sigmund Freud. Si tenemos presente su labor buscaremos ese "algo propio verdaderamente y verdaderamente lo más" en la gran producción freudiana: la clínica psicoanalítica constituida como tal por ser una clínica bajo transferencia. Esto implica un saber determinado plenamente por las condiciones que hacen a su elaboración, o sea, por la estructura de la experiencia analítica.

Hablando estrictamente, el saber psicoanalítico sólo puede ser el saber de la transferencia, es decir, el "saber supuesto" que en el curso de la experiencia analítica se vuelve transmisible por otras vías y por otros efectos.

La transferencia es donde se constituye la clínica analítica y el psicoanalista. El trabajo del analítico lo implica y su máxima implicancia será: explicitar su saber des- suponiéndolo de su experiencia analítica. El analista se efectúa en un análisis.

Es necesario considerar la articulación entre un saber de lo particular, como el psicoanálisis, con saberes universales, pues no se trata de una sumatoria de saberes, sino de establecer los efectos que tiene sobre diversas disciplinas, la inscripción en una teoría que se constituye sobre un supuesto que ellas carecen: el sujeto del inconsciente.

La regla analítica del amor a la verdad significa que no se puede dejar de decir lo que se ignora y esta indiscreción es la exigencia primera de la transmisión. Toda pregunta por la enseñanza del Psicoanálisis nos propone un retorno al descubrimiento freudiano. Ello implica una reflexión sobre los conceptos fundamentales, sobre aquellos que ocupan el lugar de fundamento de la clínica freudiana.

Reflexionar sobre este campo, para algunos, no es un lugar que permita arribar a conclusiones absolutas. Por ello muchos se han confundido, convirtiéndolo en "tierra de nadie" y entonces "de todos", degradando el trabajo analítico a una mística. El psicoanálisis debe su valor científico a los conceptos básicos que Freud forjó en el progreso de su experiencia. La no existencia de un nomenclador técnico de maniobras de transferencia no significa que se trate de cualquier práctica. Justamente, todo lo contrario: la rigurosidad ocupa un lugar de excelencia. Solo desde ella es posible esta clínica de lo particular y de lo singular.

Qué mejor que recordar que la obra freudiana y sus virajes están gobernados por la preocupación inflexiblemente eficaz de mantener su rigor científico!

Se trata de una clínica del "pathos", del sufrimiento humano, y cómo no entender los matemas lacanianos sino como fórmulas de ese sufrimiento?. Como "pathemas" será entonces como tendrá sentido pensar la oposición significativa y la relación entre el sujeto en tanto castrado y su objeto en tanto que perdido. Ellos ya están enunciados al comienzo de la obra, en escritos tales como el *Proyecto de psicología para neurólogos*, en donde ya el objeto aparece en su estatuto.

Nos encontramos con una prioridad: la exigencia de fundamentación de nuestra praxis. La formación del analista es uno de los fundamentos del Psicoanálisis; inconsciente, pulsión, repetición y transferencia serán los otros. "Fundamental" es un término derivado de la arquitectura, que se refiere a las bases de los edificios. Con relación a este uso, se producen dos acepciones diferentes: una, en el sentido de captación discursiva a lo largo del tiempo, y otra, más moderna, correlativa al discurso de la ciencia y la axiomatización lógica. Se dice fundamento a la proposición más general, o más simple, o a un sistema formado por ideas que son las más generales de las que se pueden deducir efectos (fundamental en sentido deductivo). Lacan los denomina fundamentales, en el sentido de no ser deducibles de otros, pero de los cuales se deducen los otros conceptos (están relacionados a los axiomas). La segunda acepción del término fundamento, es aquél que siempre tiene un matiz de persuasión: "lo que se dice no tiene fundamento". Esta última acepción implica una cierta intención, una voluntad de convencer al otro. Es la forma más popular que justifica que una opinión produzca un asentimiento legítimo. Un concepto es fundamental si traza su camino en lo real. Su elaboración metapsicológica, además, no es una definición por el significado: los significantes fundamentales van a convencer porque tienen una articulación con lo real. Estos fundamentos

del psicoanálisis son trabajados por Lacan, no con relación a fundamentos de una teoría sino de la praxis. Es ello lo que deberá tener por efecto la formación de analistas.

Allí, en sus fundamentos: Qué es eso que el Psicoanálisis nos enseña?

Lo que el psicoanálisis nos enseña, cómo enseñarlo?. “No he querido dar ilustración de mi modo de enseñanza. Este argumento sitúa, para que se refiera a ellas, la discusión, las tesis relativas al orden que instituye al psicoanálisis como ciencia, después extrae de ellas los principios por los cuales mantener en ese orden el programa de su enseñanza. Nadie, me parece, si un propósito tal se aplicase a la física moderna, calificaría de sibilino el uso discreto de una fórmula algebraica para indicar el orden de abstracción que constituye: por qué entonces aquí nos quedaríamos frustrados de una experiencias más succulenta?”. A partir de ello, Lacan formaliza los matemas. Se podrá discutir si el psicoanálisis está dentro de cierta categorización denominada “ciencias conjeturales”, pero no es en vano tener presente que la conjetura no es lo improbable: la estrategia puede ordenarla en certidumbre. Del mismo modo lo subjetivo no es el valor de sentimiento con que se lo confunde: las leyes de la intersubjetividad son matemáticas.

El psicoanalista deberá encargarse de temas epistemológicos y esclarecer el valor de conceptos, nociones, términos, preceptos, principios, fórmulas, teorías, doctrinas, postulados, razones, fundamentos, máximas, axiomas, conjeturas, etc.

En el inconsciente que es menos profundo que inaccesible a la profundización consciente, eso habla: un sujeto en el sujeto, trascendente al sujeto, plantea su pregunta desde la ciencia de los sueños

"Eso" habla: “de una historia de una vida vivida como historia”

"Eso" revela: “la sujeción a las leyes del lenguaje, al juego intersignificante por donde la verdad entra en lo real”

A lo que nos remite el descubrimiento de Freud es a la enormidad de ese orden en que hemos entrado, en el que si puede decirse, hemos nacido por segunda vez, saliendo del estado nombrado con justicia “infans” [sin palabra], alojándonos en el orden simbólico constituido por el lenguaje.

Recordemos que si bien no hay verdadero sobre lo verdadero, es bueno tener presente a Lacan haciendo alusión a Hegel en la conferencia pronunciada a propósito de los cien años del nacimiento de Freud. Cito: “Soy pues para vosotros el enigma de aquella que se escabulle apenas aparecida, hombres que sois tan duchos en disimularme bajo los oropeles de vuestras conveniencias... Fantasmas, que eso es lo que sois. A dónde voy pues cuando he pasado a vosotros, dónde estaba antes de ese paso?. Os lo diré acaso algún día?. Pero para que me encontréis donde estoy, voy a enseñaros por qué signo se me reconoce... Hombres, escuchad, os doy el secreto. Yo, la verdad, hablo... Ya hayáis de mí en el engaño o ya penséis alcanzarme en el error, yo os lo alcanzo en la equivocación contra la cual no tenéis refugio. Allí donde la palabra más cautelosa muestra un ligero tropiezo, es a su perfidia quien falla, lo publico ahora, y desde ese momento será un poco más complicado hacer como si nada... la intención más inocente se desconcierta de no poder ya callar que sus actos fallidos son los

más logrados y que su fracaso recompensa su voto más secreto... yo, la verdad, seré contra vosotros la gran embustera, puesto que no sólo por la falsedad pasan mis caminos... Buscad, perros, que en eso os habéis convertido escuchándome, sabuesos que Sófoles prefirió lanzar tras el rastro hermético del ladrón de Apolo antes que en pos de los sangrantes talones de Edipo seguro como estaba de encontrar con El en la cita de Colona la hora de la verdad. Entrad en lid a mi llamada y aullad a mis voces. Estáis ya perdidos, me desmiento, os desafío, me destejo: decís que me defiende... Hombres, escuchad, os doy el secreto. Yo, la verdad, hablo".

El psicoanálisis, en su praxis, detecta al sujeto en una estructura que da cuenta de su estado de hendidura, de Spaltung. Esta hendidura la detecta de manera en cierto modo cotidiana. La admite en la base, puesto que ya el solo reconocimiento del inconsciente basta para motivarla, y puesto que también lo sumerge, si puedo decirlo así, con su constante manifestación. Esto posiciona al psicoanálisis en un lugar, en aquél que se define tomando al sujeto en su división constituyente.

Volveremos a realizar la pregunta de marras y daremos una respuesta lacaniana:

Qué es el Psicoanálisis?. El tratamiento suministrado por un psicoanalista. Se trata de una clínica bajo transferencia, esta concepción implica que la formación de los analistas es uno de los fundamentos del psicoanálisis. El psicoanálisis implica, y esta implicancia se encuentra en los principios de la interrogación sobre la praxis psicoanalítica. De este modo, preguntar por aquello que funda al psicoanálisis es preguntar por sus fundamentos. La pregunta se especifica: Qué enseña el Psicoanálisis? Aquello que lo funda como praxis.

Cuando decimos "praxis" hablamos de una acción concertada por el hombre que le pone en condiciones de tratar lo real por lo simbólico. Esta praxis delimita un campo: el campo de la experiencia del psicoanálisis y la cuestión central allí es la que se encierra en otra pregunta: cuál es el deseo del analista?

La experiencia psicoanalítica debe comprenderse desarrollada enteramente en la relación del significante al significante. En un psicoanálisis el sujeto se constituye por un discurso donde la presencia del psicoanalista aporta la dimensión de otredad.

En la coextensidad del desarrollo del síntoma y de su resolución curativa se muestra la neurosis: es una cuestión que el ser se plantea para el sujeto "desde allí donde estaba antes de que el sujeto viniese al mundo".

Se trata de ese ser que no aparece sino durante el instante de un relámpago en el vacío del verbo ser. Cuando el sujeto se interroga por su ser, el lugar de la pregunta está planteado en el lugar del sujeto, que en tanto formula esta pregunta se constituye como enunciador de esa interrogación.

El enunciado: quién soy yo?, el sujeto de la enunciación: el "je", que trata esta pregunta como un espejo sobre el cual puede mirarse. Pero ya no hay nada del "soy", del ser, en la misma, en tanto que la aprehensión del ser sería la aprehensión de lo óptico, y lo único que puede formularse y responderse se despliega en la ontología posible para cada sujeto. Pero "yo" puede preguntar el por qué de la pregunta y esto torna necesario la inclusión de aquél Otro que

lleva al sujeto a preguntarse: ¿quién soy?. Y ese Otro cortado en relación con el yo es el Otro inconsciente.

Así el yo hablará por las figuras de estilo de la retórica, en donde uno se acostumbra a ellas, puesto que no hay otra, pero a la verdad se la reprime. “La ambigüedad inconsciente hace uso de formas retóricas. Y sus modos se conciben difícilmente sin recurrir a los tropos y a las figuras, éstas de habla o de escritura, tan de veras como en Quintiliano, y que van desde el accismo y la metonimia hasta la catacresis y la anáfrasis, hasta la hipálage, incluso hasta la lítote”.

Así, si el síntoma puede leerse, es porque él mismo está ya inscrito en un proceso de escritura. En cuanto formación particular del inconsciente, no es una significación, sino su relación con una estructura significativa que lo determina. Es en la relación fundamental del significado con el significante donde ocupan lugar la condensación, el desplazamiento, la condición de representabilidad y las secuencias en las que es significativo que Freud haya buscado desde el primer momento el equivalente de una sintaxis.

Jacques Lacan hace referencia al texto sagrado para que se retenga la moraleja de Jeremías 31,29 que dice: “Los padres comieron uvas agreces y los hijos padecieron la dentera”, pues es enteramente concebible encontrarle en el inconsciente, allí, “ligada a la letra, pues es por la marca de arbitrariedad propia de ésta como se explica la extraordinaria contingencia de los accidentes que dan al inconsciente su verdadero rostro”

Porque de esta relación del hombre con el significante es de lo que las humanidades dibujan la experiencia, y es en ella donde las relaciones generadoras de lo que llamamos la humanidad se instituyen, como lo atestigua el hecho de que Freud en pleno cientificismo se haya visto llevado no sólo a volver a tomar para nuestro pensamiento el mito de Edipo, sino a promover en nuestra época un mito de origen, bajo la forma de un asesinato del padre que la ley primordial habría perennizado, según la fórmula con que hemos connotado la entrada del simbolismo en lo real: dándole otro sentido. Con toda la contingencia que la instancia del significante imprime en el inconsciente, no hace sino alzar con mayor seguridad ante nosotros la dimensión que ninguna experiencia imaginable puede permitirnos deducir de lo dado de una inmanencia viva, a saber la cuestión del ser o mejor dicho la pregunta a secas, la de por qué uno mismo?, por la que el sujeto proyecta en el enigma su sexo y su existencia”.

La distinción del significante y del significado está inscrita en el fundamento de las ciencias humanas a partir de Ferdinand de Saussure y precursores tales como Baudouin de Courtenay, Quintiliano y San Agustín. La primacía del significante sobre el significado aparece ya allí imposible de ser eludida, pero “sólo el psicoanálisis está capacitado para imponer al pensamiento esa primacía demostrando que el significante puede prescindir de toda cogitación para ejercer reagrupamientos no dudosos en las significaciones que avasallan al sujeto, más aún: para manifestarse en él por esa intrusión enajenante de la que la noción de síntoma en análisis toma un sentido emergente: el sentido del significante que connota la relación del sujeto con el significante”. El descubrimiento de Freud es esa verdad cuyo registro debe tomarse “a la letra”, es decir que “la determinación simbólica, o sea lo que Freud llama

sobredeterminación, debe considerarse ante todo como sintaxis, pues esos efectos se ejercen del texto al sentido, lejos de imponer su sentido al texto. Un psicoanalista debe asegurarse en la evidencia de que el hombre, desde antes de su nacimiento y más allá de su muerte, está atrapado en la cadena simbólica, la cual ha fundado el linaje antes de que borde en él la historia, averse en la idea de que es en su ser mismo donde está efectivamente tomado como un todo, en el juego del significante, y desde antes de que las reglas le sean transmitidas, si es que ha de acabar por sorprenderlas, pues este orden de prioridades debe entenderse como un orden lógico". Esta exterioridad de lo simbólico con relación al hombre es la noción misma del inconsciente y Freud ha probado constantemente que insistía en ella como en el principio mismo de su experiencia.

Lo único que conocemos, lejos de dar con lo inconsciente, son los elementos del significante. Estos no son únicamente constituyentes en la neurosis para cada uno de sus síntomas, sino que son los únicos que permiten envolver la temática del curso de la neurosis y de su resolución. Fue este abismo abierto al pensamiento, de que un pensamiento se deje entender en la cortadura del discurso, lo que provocó la resistencia al psicoanálisis, y no la promoción de la sexualidad.

Lo que piensa allí, en mí, es otro?. Propone Freud en su descubrimiento: "Donde estuvo ello, tengo que advenir". Cuál es pues ese otro con el cual estoy más ligado que conmigo mismo, puesto que en el seno más asentido de mi identidad conmigo mismo es él quién me agita?. La presencia de ese otro solo puede ser comprendida en un grado segundo de otredad: Otro. Si se dice que el inconsciente es el discurso del Otro, es para indicar el más allá donde se anuda el reconocimiento del deseo con el deseo de reconocimiento. "Ese otro es el Otro que invoca incluso mi mentira como fiador de la verdad en la cual él subsiste". Y es en la aparición del lenguaje como emerge la dimensión de la verdad. "El inconsciente es ese discurso del Otro en que el sujeto recibe, bajo la forma invertida que conviene a la promesa, su propio mensaje olvidado"

Freud por su descubrimiento hizo entrar dentro del círculo de la ciencia esa frontera entre el objeto y el ser que parecía señalar su límite. Lacan nos señala que no se trata de una falta, que el deseo no busca lo que falta, sino que busca aquello de lo que carecemos y se articula desde allí, o sea, en tanto carentes en el orden del ser, deseantes. En todo caso de lo que se trata es de búsqueda de ser. Pareciera que este planteo de la carencia ser, no es casual, sino que nos va marcando un camino en torno a la ontología heideggeriana en donde es señalada la cuestión de la carencia y es abordado el problema del ser a través del "ser-en" y el "ser-con". En tanto "en" y "con" podemos responder a la pregunta por el ser. Heidegger a modo de introducción a su obra "El ser y el tiempo" nos recuerda un pasaje del Sofista de Platón que se refiere a su quedarse perplejo ante la pregunta por el ente, por el ser del ente. A su vez inicia su discurso diciendo: "ser es el más universal y vacío de los conceptos".

La clínica del Otro implica una clínica del Trieb

La pregunta por los fundamentos nos lleva a cuatro conceptos: inconsciente, repetición, transferencia y pulsión, que quedan englobados en la función significante.

Todos los conceptos se ordenan en función de una estructura subordinada a la función significante. Lo que introduce la función significante en el hombre es la dimensión de lo perdido. Pero de tal modo introduce esta cortadura que, lo perdido es lo que abre la posibilidad de búsqueda, la búsqueda del deseo, lo que el deseo busca. Deseo que en la imposibilidad de realizarse, es decir, de capturar su objeto, arroja al hombre a la repetición, al volver a pedir por el objeto. Objeto que es puesto en acto en la construcción de la transferencia. De este modo el movimiento del deseo en su relación estructurante con la repetición, pone en evidencia que la transferencia como acto resistencial, como cierre de la apertura de lo inconsciente, se encuentra reflejando el movimiento reberberante de la pulsación pulsional. Claro está que bajo esta óptica el significante de la pulsión siempre es una figura en movimiento, movimiento del deseo, movimiento de la repetición, movimiento del acto transferencial. Pero a su vez este espacio puede leerse como deseo de movimiento, repetición de movimiento, transferencia de movimiento. Y cuál es este movimiento?. El movimiento de búsqueda de una falta simbólica que recubre la carencia-en-ser. De qué carencia se trata? . Carencia de significante, de posibilidad de barrar la falta. A su vez, también es un movimiento de pérdida en tanto que el sujeto no se constituye como sujeto en tanto que habla sino que el lenguaje lo constituye más allá de que hable.

El hombre habita en el lenguaje no en el sentido de ser un sujeto parlante sino en el sentido de que el lenguaje lo constituye como hombre, lenguaje no como palabras sino como función simbólica. La posición del sujeto como morador en el lenguaje lo ordena en la función significante que podríamos definir como la función de encuentro-reencuentro, pero jamás captura. El deseo no captura su objeto, la repetición no alcanza su meta, la pulsión no logra su descarga y la transferencia solo es un logro mancado. Y esta es la función significante. Y así concebimos la indestructibilidad del deseo inconsciente, que no se resquebraja, y donde reside esa cadena que insiste en reproducirse en la transferencia.

Es la verdad de lo que ese deseo fue en su historia lo que el sujeto grita por medio de su síntoma. Esta es también la razón que sólo el psicoanálisis permita diferenciar en la memoria, la función de rememoración. Arraigado en el significante, resuelve, por el ascendiente de la historia en el hombre, las aporías platónicas de la reminiscencia.

Jacques Lacan destaca que el lugar de la letra, en el inconsciente, es el lugar del deseo, en tanto movimiento. Es decir, deseo que se define como deseo de otro o como deseo de deseo. Entonces, la articulación de la letra en lo inconsciente, en tanto deseo, implica constituirse en la palabra recibiendo el sentido desde el Otro. Esto nos llevaría al plateo de la inserción de la letra deseo en el pretexto cultural, en tanto que si la cultura define al hombre y la cultura es definida por el lenguaje, el deseo del hombre en tanto sujeto deseante se constituye en virtud de un lenguaje, de la letra en tanto movimiento capturable en la actualización del discurso efectivo.

Resumiendo: la instancia de la letra o el lugar del deseo. Dónde? En el inconsciente estructurado como un lenguaje, o, en la razón desde Freud.

El psicoanálisis nos enseña que hay un ser de deseo y que el bien no es exterior al deseo que lo determina. La medida de la ética del psicoanálisis es la relación del deseo con la acción que lo habita, por ello el psicoanálisis no es una terapéutica como las demás, la diferencia radica en cierto modo ético, fuera del cual toda cura, incluso atiborrada de conocimientos psicoanalíticos, no sería sino una psicoterapia.

Ya en sus inicios, la labor freudiana, trata de hacer a su emergencia particular en cada cura, porque no es una ética universalizadora. Freud introduce la dimensión ética sin explicitarla como tal, pero señalándola rigurosamente desde el reconocimiento del sujeto en relación con el deseo.

Qué nos enseña el psicoanálisis? Un psicoanálisis deja enseñanza?

Es la enseñanza efecto del trabajo de la transferencia y la generación de la transferencia de trabajo. Freud delimitó un campo de trabajo que podemos enunciar como "recordar y no actuar", en donde en la experiencia analítica se trata de hacer trabajar al sujeto del inconsciente.

En un psicoanálisis lo que está en tratamiento es la pulsión de muerte, el sujeto atrapado por la maquinaria del inconsciente, sumergido en una dormidera inercial, atrapado en las redes de los significantes amos de su constitución. En este sentido, se trata es de una destitución subjetiva. No se trata de instituir un sujeto como si se tratara del sujeto del derecho. El sujeto del inconsciente es fundamentalmente sujeto de una destitución. Ya la asociación libre da pruebas de la destitución del sujeto, de la subversión de su posición, en tanto que en la experiencia analítica, un sujeto debe consentir ser solamente el punto de pasaje de las palabras. Un psicoanálisis implica la destitución del sujeto en tanto que subsumido a la pulsión de muerte y el advenimiento del sujeto con relación a un deseo decidido, a un deseo advertido para no desear lo imposible.

Cabe preguntar: Cuáles son las consecuencias éticas que entraña la relación con el inconsciente tal como lo descubrió Freud? Tal relación es transmisible?

La ética del psicoanálisis es relativa a lo que en el deseo es irreductible a toda acción común. La extraterritorialidad del psicoanálisis al discurso de la ciencia no quiere decir adaptación ni marginación social. El psicoanálisis no se sostiene por sí solo, ni la dificultad para la verificación social del acto analítico lo ubica en la dimensión de la mística. Hacer de la dificultad culto es complacencia y no problema teórico o ético.

El análisis trata la restitución de una cadena simbólica cuyas tres dimensiones: -de historia de una vida vivida como historia, -de sujeción a leyes del lenguaje, únicas capaces de sobredeterminación, -de juego intersubjetivo por donde la verdad entra en lo real indican las direcciones en que el autor entiende trazar las vías de la formación del analista”

Si el inconsciente es pulsátil, su manifestación -su verdad- es sorpresiva e inintegrable al discurso intencional. Las formaciones del inconsciente atestiguan de eso. “Verdad no dicha pero sí sufrida”. Incluir el inconsciente en ese asunto de la verdad es sostener que la verdad es

inseparable de los efectos de lenguaje, o sea, que es su efecto, lo que supone distinguir el enunciado de la enunciación.

El análisis comenzaría bajo la exhortación de un “vere dictu”: que la verdad sea dicha, que la verdad enuncia su veredicto. El inconsciente: un saber; el sujeto: lo que falta a ese saber. Pero, el inconsciente es un “saber a construir”.

La condición del sujeto, en tanto neurosis, perversión o psicosis, depende de lo que tiene lugar en el Otro, y lo que tiene lugar allí es articulado como un discurso. El sujeto se constituye en cuanto que articulado en cuatro puntos que Lacan representa en el esquema Lambda:

S: su existencia

a: sus objetos

a': el yo, lo que se refleja de su forma en sus objetos

A: el lugar desde donde puede plantearse la cuestión de su existencia.

La praxis psicoanalítica nos muestra que es en el campo del Otro donde tiene lugar el cuestionamiento de la existencia apareciendo bajo la forma de pregunta articulada: qué soy ahí?, referente al sexo y a la contingencia en el ser, saber que es hombre o mujer por una parte, y anudándolo en los símbolos de la procreación y de la muerte.

El lenguaje baña al sujeto, lo sostiene, lo invade, incluso lo desgarrar por todas partes. Esto genera tensiones, suspensos, fantasmas. Es a título de elementos del discurso como esta cuestión se articula en el Otro. Esos fenómenos se ordenan en las figuras del discurso, y por lo tanto, son legibles. Antes de todo análisis está articulado allí en elementos discretos. Son estos los que el análisis puede aislar en cuanto significantes y captar en su función en estado puro, en el punto más inverosímil y más verosímil: el más inverosímil, pues su cadena subsiste en una alteridad respecto del sujeto; el más verosímil, porque solo allí, en ese lugar de alteridad, aparece su función de inducir en el significado la significación imponiéndole su estructura. Por ello el significante ensancha las hiancias que le ofrece el mundo real hasta el punto de poder subsistir en la ambigüedad, en cuanto a captar si el significante no sigue en ellas la ley del significado.

El psicoanálisis, en su trabajo de abordar las estructuras clínicas en la praxis, encuentra que ese Otro, lugar de la palabra, es el lugar al que se dirigen las preguntas esenciales. Ese Otro en el cual el sujeto se reconoce y en él se hace reconocer, será para la neurosis el elementos determinante. En relación a ese Otro se articulan las preguntas esenciales que soporta la neurosis: la pregunta histérica por la condición sexuada (¿qué es ser una mujer?), la pregunta obsesiva acerca de la vida en tanto puede perderse y el cuestionamiento fóbico respecto a cuál es el lugar que se ocupa en el Otro en tanto puede perderse.

La estructura de la neurosis es una pregunta. Cada neurótico se configura como una forma particular de abordar, en el orden simbólico, la pregunta por la relación del sujeto al significante. Si el Otro es concebido como un Otro que responde, la neurosis es, entonces, una respuesta. Histeria, obsesión y fobia supondrán en su estructuración los términos sin los cuales el sujeto

no puede tener acceso a la noción de su facticidad con respecto de su sexo, su existencia, su lugar respecto del Otro.

El síntoma es la respuesta a la falta en ser del sujeto y a la falta en el Otro, es un compromiso que suple el enigma del deseo de ese Otro. Se trata del Otro deseante, en el caso de la experiencia subjetiva de las neurosis. Abordar la clínica desde el deseo del Otro será entenderlas como formas de mantener una relación a ese deseo: procurándolo por insatisfacción en la histeria, asegurándolo como imposible en la obsesión, así como a través de la angustia en esa forma más radical de neurosis que es la fobia.

La clínica del Otro no es sino una clínica de la gramática pulsional. El término *TRIEB* tiene, sin duda, una larga historia, no sólo en psicología y en fisiología sino aún en física, y Freud ciertamente no lo escogió por pura casualidad. Pero le dio al *TRIEB* un uso tan específico, haciendo de él uno de los conceptos fundamentales, que su pasado ha quedado completamente oculto. Mientras el uso del término inconsciente está siempre soportando su pasado, y sus distintas significaciones, *TRIEB*, en cambio, siempre ha designado una especie de dato radical de la experiencia analítica. Quiero destacar, entonces, dos consideraciones: el *TRIEB* como concepto fundamental y como dato radical de la experiencia analítica. O sea, como concepto fundacional, sin duda, es uno de los que ocupan el lugar de los primeros conceptos metapsicológicos. Está allí, entre ellos, porque tiene función de "cimiento". Y, está allí porque es un concepto que hace de fundamento, del Psicoanálisis, en tanto praxis. El *TRIEB* es un concepto ligado al "pudendum", a las "interioridades íntimas" del sujeto, a los fundamentos de aquellos interiores que, las más de las veces, están un tanto al aire mostrándose bajo las más diversas formas del padecer. Y, frente a ello, se trata de saber qué puede, qué debe esperarse del Psicoanálisis:

Si el *TRIEB* funda al Psicoanálisis como praxis, qué justifica la intervención de un analista?

"Sabemos que nuestros pacientes, "padecientes" no están satisfechos con lo que son. No obstante, sabemos que todo lo que ellos son, lo que viven, aún sus síntomas, tiene que ver con la satisfacción. Satisfacen algo que sin duda va en contra de lo que podría satisfacerlos. Sabemos que aquello que satisfacen por la vía del displacer, es, al fin y al cabo, la ley del placer. Pero, digamos que para una satisfacción de esta índole, penan demasiado".

Es necesario articular la pregunta por la eficacia del Psicoanálisis, por aquello que produce consecuencias, o sea, por aquella intervención del analista que, por añadidura, al decir de Freud, incida sobre el sujeto: que lo despierte, produciendo el cese de esa dormidera letal que es su sufrimiento.

Ya Freud nos advirtió al respecto de que si de pulsión se trata, lo que está en juego es la "vuelta a lo inorgánico": la muerte, dice sin reparos. A mi entender éste fue el máximo escándalo freudiano. Cuando el sujeto está tomado por lo pulsional se encuentra en un nivel muy alto de "acomodación" en relación a la muerte, posiblemente bajo las distintas formas de las desgracias del ser. El costo es alto, y él no sabe cuánto. Ha caído en las más grandes de las trampas: las satisfacciones del padecer. Sufre, pero como sujeto se encuentra enredado en las marañas de una embriaguez mortífera. Frente a esta evidencia de agonía del sujeto, para el

analista, el único alcance de la función de la pulsión será poner en tela de juicio ese asunto de la satisfacción. Entonces, si hay una clínica de la pulsión será en tanto una clínica del despertar.

Vuelvo al tema de partida y lo desenmascaro un poco más. Insisto sobre lo que considero la pregunta fundamental del analista: Cuál es aquella posición desde la cual su intervención tenga el estatuto de "tratamiento", mediante la palabra, de lo pulsional?

Al respecto de la posición, enmarcada en el Ética del Psicoanálisis, queda delineada por aquél punto al cual arriba el analista en su análisis: no hay significativo que diga al ser del sujeto en el campo del Otro.

Retomemos la cuestión de la constitución del sujeto y recordemos que el significativo unario surge en el campo del Otro. Ese significativo que se aísla en el movimiento de separación funciona como regulador pulsional, implicando una doble interdicción: "no te acostarás con tu madre, no reintegrarás tu producto" al decir de Freud. De allí en más el S1 recubrirá al objeto perdido e inaugurará una modalización pulsional que puede llevar a "sufrir en demasía". El S1 regula la gramática pulsional.

Si una praxis es toda acción concertada por el hombre, sea cual fuere, que le da la posibilidad de tratar lo real mediante lo simbólico, podemos preguntar: cómo tratar lo real pulsional mediante lo simbólico? "La Clínica Psicoanalítica" sólo se puede entender como "Lo real de la Clínica".

La pulsión como lo motor de lo psíquico nos permite perfilar la complejidad de lo subjetivo. La pulsión «es un montaje que se presenta primero como un montaje sin ton ni son, como un collage surrealista».

"Sin ton ni son". La pasión del neurótico es poder encontrar una razón para darle consistencia a la existencia creyendo así que se la otorga al ser. Al final está enfermo de su ser crédulo. Y si bien los filósofos demuestran la existencia e insistencia de la pregunta sobre el ser (quién soy?), que realizada por los griegos repicó muy fuerte en los existencialistas: Kierkegaard y "El tratado de la desesperación", Martin Heidegger y «El Ser Y El Tiempo», Paul Sartre y «El Ser Y La Nada», el neurótico apuesta para encontrar su razón de ser, su ser para quien. Y entonces le busca "el ton y el son", y pueden pasar cosas muy particulares en ese armado de "collage surrealista" bajo los costos de altos sufrimientos.

La palabra "collage" significa "donde se mezclan tantos", y la figura que ofrece Lacan es la siguiente: "Creo que la imagen adecuada sería la de una dínamo enchufada a la toma de gas, de la que sale una pluma de pavo real, que le hace cosquillas al vientre de una hermosa mujer que está allí presente para siempre en aras de la belleza del asunto". La figura, obviamente un cuadro surrealista, tiene una significación y abre todo un imaginario de algo muy agradable por cierto, como es una pluma de pavo real paseándose por el vientre de una bella dama. Podríamos suponer detrás de eso a un amante, que ha inventado un artefacto tan maravilloso para agradar a su dama y procurarle suaves "cosquillitas" en el vientre. Pero, surge un pequeño detalle: para hacer funcionar la pluma de pavo real es necesario una dínamo enchufada a una toma de gas. Bien, es nada más que un cuadro surrealista, diríamos nada más y nada menos.

Entendiendo que desde ese punto de real de la pulsión, ese punto de insistencia en volver a lo mismo, es lo que orienta a una clínica. Es una Clínica de lo particular, pero también una Clínica muy particular, tan particular, que para poderla ejercer, exige al practicante que haya pasado por la experiencia de un análisis. Para entender algo del discurso analítico, no basta con saber escribir unas letritas, poner esas letritas en un estilo de relación, fórmula matemática, etc., sino saber que ese discurso analítico implica un campo de experiencia, que ese campo de experiencia es la transferencia, y cada uno deberá encontrar en ese campo, qué aparato ha armado, cuál ha sido su cuadro surrealista, cómo ha sido su ingenio, para enchufar la dínamo a la toma de gas. Después, el analista se tomará el trabajo de des-suponer esa experiencia.

Por eso, en el Seminario XI sobre los conceptos fundamentales, en la primer clase, si bien Lacan está hablando de una serie de experiencias particulares vividas por él, al estilo de «bueno, también el malestar de la cultura me tocó a mí y me exoneran de la IPA ...», no solamente está hablando de eso, está hablando de cómo la pulsión de muerte, la destrucción, toca lo que él llama el *puendum*, o sea la interioridad más íntima de cada sujeto. Y no por casualidad, cuando está enunciando que va a trabajar sobre los cuatro conceptos fundamentales, termina hablando de la formación de los analistas.

La clínica consecuente de las enseñanzas de Jacques Lacan propone al tratamiento psicoanalítico como “praxis”, o sea, un tratamiento de lo real por lo simbólico, y esto implica poder plantearla de entrada como un hacer que provoca efectos. Como algo que es con consecuencias.

Cito a Lacan : “El análisis no consiste en encontrar en un caso el rasgo diferencial de la teoría, y en creer que se puede explicar con ello por qué su hija está muda, pues, de lo que se trata, es de hacerla hablar”. Y este efecto procede de un tipo de intervención que nada tiene que ver con la referencia al rasgo diferencial teórico. (Este Seminario, conocido por el número 11, de 1964, denominado “Los Cuatro Conceptos Fundamentales” está dedicado justamente a la cuestión de los efectos de la clínica)

He tomado la citada frase para marcar el comienzo de la preocupación por los efectos de la clínica, o sea, de una clínica con consecuencias, y en tanto siempre las tiene, aunque sean nulas -la aparente falta de consecuencias es también una consecuencia - es que debemos ocuparnos de ello, en tanto nos hagamos cargo de las preguntas planteadas a la clínica realizadas por Jacques Lacan.

Cómo se pueden lograr consecuencias de una clínica que fundamentalmente es una clínica del discurso?”

Es muy frecuente que surjan muchos opositores, “¿cómo van a ejercer una acción clínica nada más que con el parloteo?”. Ya veremos que se trata de un parloteo muy especial, ese en donde alguien puede llegar a decir alguna verdad. Ya no es necesario que los psiquiatras, los psicólogos, todos los psicoanalistas y la gran ayuda de la semiótica, trabajen para demostrar que la palabra tiene efecto. La industria se mueve por los efectos de la palabra. Todo tipo de industria, por ejemplo, la de automóviles o la de cartas astrales. Y si existen es porque trabajan, es la palabra lo que está en juego.

¿Qué nos toca a los psicoanalistas?

Lo primero que hay que intentar, es un estilo freudiano, y un estilo freudiano es un estilo de investigador, con espíritu científico, con metodología.

Hoy no tomamos la dimensión de los esfuerzos freudianos, porque si Freud comparaba el aparato psíquico con un microscopio compuesto, nos muestra que estaba utilizando como referente los adelantos científicos de su época: el punto de la imagen virtual.

Hoy avanzar en Psicoanálisis implica tener presente que la intersubjetividad es matemática, implica una gran complejidad, e implica la emergencia de la clínica lacaniana. Algunos dicen: “difícil”. Yo diría: “Complejo”. Tan complejo como lo fue la obra de Freud en su época, tan complejo como la intersubjetividad. También “complejo” porque articula varias disciplinas, necesita auxiliarse de esas disciplinas, y va desde la Física a la Mitología, a la Historia, a la Literatura, al Arte, a la Filosofía, a las Matemáticas, etc. Cuando, por ejemplo, Lacan habla de cuadrangular el círculo, o hace referencia al número de oro, quizás muchos quieran terminar la lectura en ese punto. Pero, no se debe olvidar que la mente humana no es más sencilla. La mente humana es mucho más compleja.

Los psicoanalistas nos ocupamos de una Clínica de la complejidad y del pequeño detalle.

Una clínica que, si bien de esa complejidad logra abstraer un saber y puede armar una teoría - y es por eso que se puede enseñar en la Universidad- resulta que como Clínica es una Clínica de lo particular. Tanto, que si bien podemos calcular una interpretación, este trabajo es caso por caso, uno por uno.

Una primer forma de armar ese cálculo, es calcular lo que no se debe hacer, aquello que va en contra de la dirección de la cura, en contra de la ética de la posición del analista.

Una primer fórmula de plantear el cálculo es tener presente que lo primero que es necesario es conocer el funcionamiento del aparato psíquico sobre el cual se intenta a intervenir. Hasta el día de hoy, a todos les resulta complicada la metapsicología freudiana, pero si no se trabaja con precisión de reloj suizo cómo funciona el aparato psíquico, no se puede pretender llegar con la palabra a producir alguna consecuencia. La metapsicología es la cuestión preliminar a todo tratamiento posible.

En la Clínica de lo Particular, la intervención debe ser prudente. La prudencia se conjuga con el “hacer oportuno”, es la combinatoria de la espera, del saber esperar y de la pausa que eso implica. Sabemos que esa intervención de la cual se espera un efecto, tiene su momento oportuno.

Phrónesis y Sophía se deben dar la mano: Sophía el saber, lo universal, pleno del peso de los conceptos que forman la teoría, debe darse la mano con Phrónesis, la contingencia, la prudencia, el momento oportuno. Esa prudencia que espera ese momento de oportunidad para la interpretación a la medida de ese sujeto que está haciendo el esfuerzo de hablar, a la medida de tocar algún punto de quiebre del automatón de la pulsación pulsional.

En la clínica es necesario diferenciar el concepto de repetición del concepto de transferencia. Freud lo hizo en 1920. No podemos pensar un aparato psíquico sin tendencia a la repetición, sería un imposible, “es la mecánica del aparato psíquico”. El asunto es que esa mecánica se

sostiene por el montaje de la pulsión. Por ejemplo, si el supuesto amante para seducir a una dama construye semejante aparato, no importa que cambie de dama, puede construir toda una serie de bellas mujeres, el asunto es que cada vez que intente seducir, va a enchufar una dínamo a la toma de gas, y lo peor es que va a sufrir y hacer sufrir. Ese que realiza semejante invento, que junta el gas con la electricidad, seguramente padece “en demasía”.

La tarea del psicoanalista es estar allí, para hacer hablar al sujeto amordazado por el letal goce, y para buscar ese momento oportuno a la intervención. La tarea será intervenir en el sentido de desbaratar ese montaje, para que la repetición que es estructural se trate de invención, para que el aparato psíquico soporte el trabajo de la invención. No es necesario repetir siempre por identidad. Es complejo, pero justamente porque es complejo, la repetición puede tomar el giro de la invención.

Si hay algo que la clínica debe respetar, como aquella clínica de los inicios freudianos, eso se da en el campo de la transferencia. La transferencia será un campo en donde naufrague la repetición. Y, en este sentido, nos vamos a aprovechar de la transferencia, para que el sujeto pueda, sostenido por ella, hacer el esfuerzo del desmontaje.

Para Freud un psicoanálisis se trata de “recuperar la capacidad de amar y trabajar” o para Lacan: “de un saber hacer con la pulsión”. Hubo y hay quienes mal-entendieron estos conceptos, y entonces, el saber hacer con la pulsión se convierte en un *laisse-faire* en donde todo es posible, y entonces un analizante o un analizado sería aquel que tendría todo muy asumido, sería alguien logrado que se permitiría de todo. Traducido en “hago lo que se me canta”, lo más probable es que cante el ton y el son.

La clínica de las neurosis

Si trabajamos ese poquito que se puede enunciar como matema, veremos qué es la articulación de la pasión de ser. Para las neurosis estas complejidades toman las formas del deseo insatisfecho, del deseo imposible, del deseo en su estatuto de prevenido. Siempre tendrá valor retomar el trabajo freudiano en los historiales clínicos sobre Dora, el Hombre de las ratas o Juanito.

Pensar la clínica psicoanalítica al estilo freudiano, es pensarla en torno de la palabra, y ello implica pensar al Sujeto en tanto tal, o sea, como articulado. Porque la palabra, como Freud intentó demostrar en su monografía de las afasias, es una palabra ya dicha, o sea, es una palabra escuchada, es una palabra emitida, es una palabra que se le dice al Otro, y es un mundo de la palabra al cual entramos por un Otro.

En el Seminario 11, hay un momento en que Lacan presenta la cuestión de naturaleza y cultura. Evidentemente es todo un enredo pensar la naturaleza humana, y sería casi como paradójico decir: ¡la naturaleza humana es la cultura!

Ya no estamos en la época de discutir si el inconsciente existe. Es un hecho indiscutible la relación del sujeto al Otro, porque en todo caso, el Psicoanálisis existe como consecuencia de esa relación. Así como Freud dijo “la transferencia no la he inventado yo”, en el episodio del

Colegio Médico 1904, enunciando “ se enamoran, y este hecho es lo que propongo estudiar científicamente”, es un hecho la relación del sujeto al Otro, y es un hecho que en el campo del Otro, en el campo de la cultura, en el campo que definimos como lenguaje, en ese campo de complejidad donde los humanos tenemos la capacidad de encontrarnos en la calle, decir nada más que “adiós” y quedarnos pensando ¿qué me habrá querido decir?, es allí en donde cada sujeto se pregunta por la razón de su existencia. Es allí donde articula su pregunta.

Por supuesto que si somos generaciones responsables nos tocará el trabajo de preguntarnos por qué los jóvenes de hoy articulan su pregunta aceptando la competencia de ser el que más bebe y terminar en coma, sin enterarse que ha ganado. Es en esa relación del sujeto y el Otro, en donde el sujeto deja de ser una mera existencia, pura carne, para pasar a ser una existencia simbólica. Y fue Freud quien descubrió las primeras preguntas y nos demostró que son terriblemente fatigosas, que nuestro aparato psíquico funciona permanentemente alrededor de ellas.

Quiere decir que nuestra clínica es a clínica de un sujeto que se pregunta, la clínica de un sujeto que se afana en lograr el anhelo de alguna respuesta y paga muy caro por ellas para encontrar “el ton y el son”. El anhelo, se trata de un anhelo que está con relación a encontrarle una razón al ser, pues, es desde ese campo del Otro que el Sujeto recibe un baño de ser, y esto lo constituye éxtimo respecto del mismo.

El asunto es exactamente que eso es una envoltura, una envoltura pero que es constituyente: Es la envoltura que nos da la palabra, con todos sus juegos: ¿qué me dijo? Una forma de pensar ¿qué quiere el Otro de mí? Una fórmula del anhelo. Que el Otro quiera algo de mí.

Allí hay varias preguntas, ese ¿quien soy? Es un: ¿quién soy para el Otro? ¿Que significancia ocupo en el Otro? Por eso es que Lacan, en un Seminario dedicado al Amor, con un título: (Encore) « AUN », dice que “el ser hay que pensarlo desde la vertiente del para ser, para el ser de al lado”.

La pregunta ¿quien soy?, es equivalente a otra: ¿quién soy para el Otro?, Y por debajo, existen dos interrogaciones: ¿Puede el Otro perderme?, ¿Puedo perderlo?, ¿Y si me pierdo?. Por eso son tan complejas las relaciones de amor. Las relaciones de amor de pareja, las relaciones de amor filial, las relaciones de amor de los amigos, las relaciones entre las mujeres, y el obsesivo y su amigo. Qué parejas siempre no-parejas!

Son preguntas que expresan un anhelo de ser porque el humano es un ser del lenguaje. Toda la virtud del lenguaje es que nos constituye en seres dialogales, en seres en estado de solicitud. , pero, para el neurótico existe el “pero”. El lenguaje es multívoco. Las palabras no se refieren a cosas solamente, también se refieren esas otras palabras que se refieren a cosas. En el lenguaje tenemos palabras que son sustantivos, comunes, concretos, o palabras tan abstractas como el hipocampo, la libertad. Además de eso las palabras se articulan y de la sintaxis se genera algún o varios sentidos. Posiblemente cuanto más compartimos determinado marco referencial quedamos posibilitados de creer que entendemos lo que se ha dicho, luego surge el malentendido.

Eso es el lenguaje. Eso hace que la palabra no lo diga todo. El psicoanálisis define al sujeto como un “parlettre”: Un ser hablante. No solamente porque hable, sino porque es morador del lenguaje. Estamos constituidos de eso, de ese equívoco, estamos constituidos de eso que nos permite comunicarnos con el Otro pero que nunca sabemos enteramente, con plena garantía, qué quiere el Otro.

Y entonces pasan cosas muy particulares: puede pasar que un hombre diga a una mujer: ¿Tenés un minuto para un café?. Ella va, toma el café, sesenta segundos, y dice “Hasta luego”. Días después comenta: No sé por qué, no me invitó más!. O pueden pasar cosas como: « Me viene a buscar, me lleva ..., me invita ..., me toma de la mano...¡Pero no me dice nada! » O la otra versión: « Este me hace el verso pero, no pasa nada!»

Estamos hechos de eso. ¿Cuál será entonces el anhelo de esa razón de ser? : Encontrar un lugar en el Otro. El sujeto quiere aquello que por constitución le falta, quiere aquello que su constitución le impide alcanzar. Quiere un lugar seguro en el Otro, pero si el Otro es un Otro del Lenguaje y como sujeto ha nacido de ese Otro del Lenguaje, y el Lenguaje es ese enredo hecho de falta, sólo es posible preguntarse por ese lugar. La neurosis viene a modo de respuesta. Entonces, el anhelo incesante de “quiero ocupar un lugar en el Otro”, quiero saber quien soy, se resuelve por la vía de la gramática pulsional.

Anhelo, razón de ser, expresan un término freudiano: deseo. En las preguntas de un sujeto se descubre el deseo, y Freud ha estado muy atento a las preguntas que realizaban sus histéricas. Preguntan sobre la diferencia hombre-mujer, o sea, preguntan sobre la sexualidad, preguntan sobre la consecuencia de la sexualidad, padre, madre... y cuando allí se articula el deseo, surge una fórmula: la insatisfacción. La histérica mostró una verdad. Una verdad de lo humano. Si estamos constituidos de un lenguaje que nos da mucho, que nos da lo competente al ser, el deseo está marcado por la insatisfacción porque no nos otorga la consistencia de ser. La histérica muestra esa vertiente verdadera del deseo, su neurosis está en relación a poder sostenerse como deseante, porque es siempre un desafío, es siempre una aventura. Frecuentemente se toma como ejemplo, a modo de rendir un homenaje a Freud, y porque el ejemplo es simpático, el de la Bella Carnicera. Esa señora que le dice a su esposo: « No me traigas el caviar, así yo te lo puedo pedir todos los días » . Pienso que esta señora sostendría la marcha de un buen trabajo de análisis, pues de su insatisfacción sabía crear un recurso divertido. Hay otras vertientes de la insatisfacción, que son mucho más sufrientes, porque está aquella otra que para sostener su deseo insatisfecho “come nada”.

Con un vericuetto terrible, el obsesivo construye su deseo como imposible: como no puede encontrar la fórmula de garantizar la vida, elige lo peor, elige postergar, elige no sostenerse en una relación directa al deseo. Dirá: « ¡Quiero ir a.. ! Y, pero si voy, ¿ y si pasa esto? ¿Y si pasa lo otro? ¿Y si en cambio de ir en avión voy en tren? ¿Y si en vez de ir en tren voy en auto? Y no, entonces mejor el avión, ¡ah! no, la fecha no sería la conveniente y sí y, y, y, pero, pero... ». Y quizás pueda accionar como guerrero heroico frente a la guerra, es el primero, pero fuera de ella, procrastinación del obsesivo. Estatuto del deseo como imposible. Para que esta enunciación no sea demasiado abstracta diremos que allí cuando un sujeto posterga, “se

posterga, sufre mucho y muere en vida”. “Estoy cansado, por qué las cosas me pasan a mí? ¡No quiero que me pase más nada! ». Aquél que lo dice no se cerciora que solamente en el sepulcro no pasa más nada. Y, el problema es, todavía, más grande porque lo construye sin saberlo. El obsesivo construye su casa mortuoria al estilo del amante que enchufa la dínamo en la toma de gas.

Está justificado entonces, que allí intervenga un analista para aliviar ese sufrimiento en demasía, que busque la intervención posible, para que logre un “saber hacer con la pulsión”. No será para que encuentre el terreno de la felicidad, porque el humano está constituido en esa articulación de su carne con la palabra, y allí siempre hay un punto en desencuentro. Por eso el psicoanálisis no promete ninguna armonía en tanto que el fantasma del neurótico reúne dos términos disyuntos. La clínica de la neurosis es la clínica del atravesamiento del fantasma. Este, en su estructura mínima, expresada en el matema, es donde se escribe la heterogeneidad radical que lo constituye. El fantasma es una tendencia general, contrario al síntoma que es particular. Es calificado por Lacan como una cadena dúctil e inextensible. Si la inextensibilidad apunta a la estructura radical como límite último, insuperable, tope con lo real, se encuentra inexorable, cualquiera sea la estructura clínica neurótica considerada, la ductilidad de la cadena que evoca las múltiples reorganizaciones que permite la lógica del significante, cuyas manifestaciones, en lo imaginario, podrían diversificarse en una proliferación ilimitada.

El fantasma, del lado de lo real, aparece como un comienzo absoluto, y por otro lado, por las posibilidades significantes, manifiesta múltiples aspectos donde pueden invertirse los efectos de esta matriz común fantasmática. En los Escritos, Lacan describe diferentes modalidades en las que se inviste el fantasma. Al evocar cómo en la histeria y la obsesión se constituyen respuestas respectivas a las preguntas sobre el enigma del sexo y de la existencia, señala que estas respuestas se constituyen en una conducta del sujeto que es su pantomima. Si en esta época de su producción (1957), Lacan acerca estas conductas a las formaciones del inconsciente, para ubicar detrás de lo imaginario la preeminencia del significante, no por ello deja de verse manifestarse al fantasma como matriz del comportamiento, de pantomima del sujeto, en cuyas manifestaciones divergen la histeria y la obsesión. Por ejemplo, la demostración de la histérica y la estrategia del obsesivo.

La histérica alcanza su objeto por medio de un intercambio de lugar entre sus caballeros, a ser confiado a partir de ahora a la dama, y califica a esto como “la demostración del paso de la histérica”. Así, ella se pone a prueba en los homenajes dirigidos a la Otra, y ofrece la mujer en la que adora su propio misterio al hombre cuyo papel toma sin poder gozarlo.

El comportamiento de Dora con relación a la Sra. K. ilustra de maravillas lo que sería el fantasma de la histeria, dedicándose a sostener el deseo del padre.

El obsesivo es, allí donde trata de engañar a la muerte con mil artimañas, y este otro que es el yo del sujeto entra en el juego como soporte de la respuesta de las mil hazañas que le aseguran el triunfo de sus artimañas. Pero, el goce del cual el sujeto se priva es transferido al otro imaginario que lo asume como goce de un espectáculo.

Si bien la delimitación se hace por la estructura, en tanto que ésta sitúa de manera asimétrica el deseo en estas dos neurosis, se trata también de dos maneras de situarse en relación al goce de un espectáculo ofrecido al otro. Entretanto, se sitúa lo imposible de este goce, pero no sin una prima de placer pues el fantasma sustrae placer al goce.

El fantasma está en relación a dos términos disyuntos: S tachado y a. En el obsesivo, en la medida que niega el deseo del Otro, al formar su fantasma acentúa la imposibilidad del desvanecimiento del sujeto. En la histeria, el fantasma se constituye en la medida en que el deseo sólo se mantiene en ella por la insatisfacción que se le aporta al hurtarse como objeto.

Esta oposición se encuentra en el comportamiento del sujeto, ya sea en la necesidad del obsesivo de ser aval del Otro, así como del lado sin fe de la intriga histérica.

Histeria, obsesión y fobia son distintas respuestas al amor, distintas respuestas a la relación sexual que no existe.

La consideración de la fobia desde el punto de vista de la clínica lacaniana nos lleva a plantearnos la cuestión desde el concepto de estructura. Dar cuenta de la estructura implica dar cuenta del lugar que ocupa el sujeto en relación el universo del lenguaje, y por tanto, surgen preguntas: ¿podemos considerar a la fobia como una estructura?, ¿es efecto de un movimiento de estructuración?, ¿aludirá a un momento de viraje de estructuración?.

La clínica nos muestra que la fobia aparece delante de la angustia y es sabido que se trata de la angustia de castración. Es la clínica la que nos sigue mostrando algo que ya Freud observara, que podríamos decir que, se trata de angustia por la castración, en donde lo que angustia, tiene una complejidad: angustia la separación con la madre, pero también angustia quedar atrapado en ella.

Sabemos que por medio del complejo edipiano se asume el falo como significante, lo que supone una confrontación con la función del padre. La castración ocupa el lugar de crisis central y esencial por medio de la cual el sujeto encuentra un lugar en el Edipo (padre-madre-niño -falo). Esto implica un pasaje de la dialéctica imaginaria al orden simbólico. Pasaje que v desde la referencia al padre imaginario de la rivalidad fraternal y de la dialéctica de la agresividad e identificación, a la referencia al padre portador de la ley simbólica, al padre como trascendente.

La clínica nos revela que el padre real releva al padre simbólico pero que esta encarnadura es imperfecta, es fallida y por ello la histeria, la obsesión como formas de la neurosis, formas que tiene que ver con lo fallido de la función paterna, y digo fallido y no fracasada o ausente. Por ello hablamos del padre de Dora, del padre de Paul y también del padre del pequeño Hans.

El padre real releva al padre simbólico y ocupa entonces una función decisiva en la castración, siempre marcada por su intervención o desequilibrada por su ausencia.

Situada en la génesis de la neurosis, la castración no es nunca real, sino simbólica, pues lo real es pleno, no le falta nada. La castración atañe a un objeto imaginario: el falo.

La castración puede apoyarse en la privación o en la frustración, pero en ningún caso es reductible a ellas. Recordemos que la privación siempre atañe a un objeto simbólico y alude a una falta en la madre y la frustración es imaginaria y atañe a un objeto real: el pene.

El “Análisis de una fobia de un niño de 5 años” escrito por Freud sigue siendo una joya para su estudio.

Para el niño el falo es el centro del deseo de la madre, y él se coloca en diferentes posiciones por las que es llevado a engañar ese deseo. Puede identificarse con la madre, con el falo, con la madre como portadora del falo o pretenderse él mismo portador del falo. Le atestigua a ella que puede colmarla, no sólo como niño, sino por lo que le falta. El será, como totalidad, la metonimia del falo.

¿Qué es lo que pasa que esta relación con la madre no puede ser mantenida?. Buscando el motivo de desencadenamiento de la fobia llega a la conclusión que ésta no ha surgido por el nacimiento de un hermanito, ni por la masturbación y la amenaza sobre ella, sino que pone en lugar central la experiencia de turgencia, sensación que vuelve al pene real. Entonces aparece la angustia. Se rompe la ilusión de que él era eso que la madre desea. De la discordancia entre la imagen que representa de sí y la realidad, que le resulta miserable, nace la angustia. En esta situación, en la que él mismo se concibe como insuficiencia, hace su fobia. En ella predomina, primariamente, el temor a ser devorado, o sea, a convertirse en presa librada a la madre.

¿Quizás la fobia pueda interpretarse como un llamado a padre en tanto que función?

Lo que se observa en el historial del pequeño Hans es que las intervenciones del padre promueven en el niño fantasmas. El niño recurre a una serie de mitos destinados a reorganizar lo imaginario y ayudarlo a efectuar el pasaje al Edipo. Esto sería: pasar de una captación fálica de la relación con la madre a la captación castrada de la pareja parental. Se trata de un pasaje de lo imaginario a lo simbólico y la organización de lo imaginario en mito (mito individual del neurótico).

La fobia comienza introduciendo un nuevo orden de lo interior y de lo exterior. Hasta entonces estaba en el interior de su madre, identificado al falo materno. El pene real, cuando interviene, lo obliga a un cambio profunda en su relación con el mundo: debe asumir ahora que hay sujetos sin falo.

¿Por qué recurre Hans a los mitos?

Hemos dicho que está ante una situación nueva. Se ve confrontado con la aprehensión de relaciones simbólicas que para él no están todavía constituidas. Con la problemática de la función paterna encuentra la paradoja de la introducción del significante, de la creación de sentido. Confrontación que implica poner en juicio la relación con la madre centrada en la pregunta: ¿qué desea mi madre cuando desea algo que no soy yo?.

¿En qué consistirá el progreso de Hans, a través de los mitos?

Si finalmente puede prescindir de su fobia se debe únicamente a permutaciones operadas en el seno de su estructuración mítica. Permutaciones de significante y no trastornos de la realidad. Se trata de un movimiento giratorio, de la rotación de elementos significantes. Como dice Freud, pareciera que todo ha sucedido como en los sueños, en el límite de lo imaginario y lo simbólico.

¿Sobre qué trata, entonces, la historia del pequeño Hans?

Del complejo edipiano, que aporta una dimensión necesaria (la simbólica). La imagen de la madre se presenta como privada, privación intolerable que el niño no sabe cómo colmar; el padre debe aportar algo. En principio lo que teme, más que la separación de la madre, es ser llevado con ella, quien sabe adónde. En la “beance” de su situación, el objeto fóbico marca un reparo; constituye, en el centro de su angustia, un elemento suplente. La angustia no es el miedo a un objeto sino el enfrentamiento del sujeto con una ausencia de objeto, una falta de ser que lo atrapa, en la cual se pierde y ante la cual todo es preferible, aun formar el más extraño de los objetos: el de una fobia.

Han trata de contestar la pregunta sin salirse de ella: ¿cuál es la razón de esa falta de ser?. Ahí, donde la significación está perdida, surgen los girones del significante. Porque la función esencial del significante no es representar la significación sino completar las “beances”. El progreso de Hans consiste en una reestructuración simbólica.

En el historial hay una sucesión de fantasmas. Ellos se pueden comprender como un mito en desarrollo, como un discurso, o mejor, como una articulación sucesiva de todas las formas de imposibilidad de una solución.

Por último , preguntaremos: ¿qué es el complejo de castración?. El padre es aquél que es por derecho poseedor de la madre, con un pene suficiente, mientras el niño es insuficiente y mal asimilado. Tal el origen. El niño accederá a una función paternal plena y se sentirá legítimamente en posesión de su virilidad, sólo si su propio pene es momentáneamente negado. Tal la culminación.

Para que se estructure el mundo simbólico es esencial el Nombre del Padre; por él sale el niño de su acoplamiento con la omnipotencia materna. Pero el complejo de castración se vive únicamente si el padre juega de verdad el juego. Por eso se puede pensar la fobia como un llamado a que la castración sobrevenga, a que el padre ocupe su función, que puede ser pensada como el efecto de una crisis de castración que produce un viraje de estructuración o un movimiento de estructuración, cuyo fin será de acuerdo a si el niño accede o no a la función paternal.

El psicoanálisis como clínica implica un ejercicio relacionado con la concepción freudiana de “Donde ello era yo debe advenir”.

Cuándo decimos que la cura psicoanalítica apunta a la falta en ser, ¿Qué implica?.

He dicho al principio: El neurótico, constituido por el lenguaje tiene una pasión, la pasión de ser, y con tal de ser logra hasta lo que daña. Pero no deja esa aventura, porque se constituye en ella, construyendo el modo en que un pasado se convierte en un presente que siempre es “más de lo mismo”.

Si la dirección de la cura apunta a ahuecar eso que se ha construido allí, eso rellenado que taponan propiamente una carencia en el ser que instala por constitución el lenguaje; si la dirección de la cura apunta a que algo pueda faltar dejará el espacio para que advenga un sujeto, y, se vuelva a inventar el amor.

En la neurosis, cuando un paciente viene a la consulta, a veces se da cuenta de lo que sufre, otras no. Muchas veces si, porque lo dice, denuncia su sufrimiento justamente cuando se

describe como alguien que no puede quitar la adhesión a ese “más de lo mismo” que lo hace atormenta. La clínica del psicoanálisis ofertará una táctica y una estrategia, sostenidas en una política, orientadas a intervenir sobre la gramática pulsional para que invente otro tour. Lacan usa la palabra *tour* para referirse a la pulsión, y se puede entender que el psicoanálisis es la clínica sostenida por un analista que esté allí, a disposición, asistiendo a un sujeto para que encuentre el modo de construir la invención de un nuevo *tour pulsional*.

Bibliografía

- Bruere Dawson, Claude. Pulsión y fantasma en las diferentes estructuras neuróticas. En Histeria y Obsesión. Ed. Manantial. Bs.As. 1986
- Freud, Sigmund. Proyecto de Psicología Científica. 1895. Obras Completas. Ed. Amorrortu. Bs.As. 1978.
- Freud, Sigmund. El yo y el ello. 1923. Obras completas.
- Imbriano, Amelia. El sujeto de la clínica. Ed. Leuka. Bs.As. 1987
- Imbriano, Amelia. La enseñanza del Psicoanálisis y la Universidad. Revista Documenta Laboris 2. Escuela de Graduados Universidad Kennedy. Bs.As. 2000
- Lacan, Jacques. La subversión del sujeto. 1960. Escritos.
- Lacan, Jacques. El psicoanálisis y su enseñanza. 1957. Escritos. Siglo XXI editores. Bs.As. 1975.
- Lacan, Jacques. Seminario IV. La relación de objeto. 1956. Paidós. México-Barcelona-Bs.As. 1994.
- Lacan, Jacques. Función y campo de la palabra y del lenguaje. 1953.
- Lacan, Jacques. El Seminario XX. Aun. 1972-73. Paidós. México-Bs.As-Barcelona 1981.
- Lacan, Jacques. Situación del psicoanálisis y la formación del psicoanalista en 1956. Escritos.
- Lacan, Jacques. Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. 1964. Ed. Paidós. Bs.As. 1986.
- Lacan, Jacques. La cosa Freudiana. 1955. Escritos.
- Miller, Jacques Alain. Clase inaugural del Centro Descartes, 11 de marzo de 1992. Descartes 11/12. Anáfora. Bs.As. 1993.
- Miller, Jacques Alain. C.S.T. Clínica bajo transferencia. De. Manantial Bs.As. 1984.
- Miller, J.A. Conferencia de la Madraza, Cuadernos Andaluces de Psicoanálisis N2. Edita Coordinadora del Campo Freudiano en Andalucía, Granada, 1990.
- Nepomiachi, Ricardo. La clínica lacaniana como una clínica del Otro. Publicación Simposio del Campo Freudiano sobre Las estructuras clínicas en la enseñanza de Lacan. Bs.As. 1986.
- Ribés Guill, Carmen. Cuadernos Andaluces de Psicoanálisis. 1990.